

y, como mejor se pudo, le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Márien que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento, y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, Zoraida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse, por medio de la Santa Inquisicion, al gremio santísimo de la Iglesia: los demás cristianos libertados se fueron, cada uno donde mejor le pareció: solos quedamos Zoraida y yo, con solo los escudos que la cortesía del francés le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene; y, sirviéndola yo hasta ahora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia, puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira, y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que, el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincón dónde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quién me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, señores, qué deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mí sé decir, que quisiera habérsela contado mas brevemente, puesto que, el temor de enfadaros, mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua."

CAPÍTULO XLII.

Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CALLÓ en diciendo esto el cautivo, á quien Don Fernando dijo: "Por cierto, señor capitan, el modo con que habeis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que, aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara:" y, en diciendo esto, Don Antonio y todos los demás se le ofrecieron, con todo lo á ellos posible, para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades; especialmente le ofreció Don Fernando, que si queria volverse con él, que él haria que el marqués, su hermano, fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él, por su parte, le acomodaria de manera que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto, llegaba ya la noche, y, al cerrar della, llegó á la venta un coche, con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. "Pues, aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor oidor que aquí viene." Á este nombre se turbó la huéspedada, y dijo: "Señor, lo que en ello hay es, que no tengo camas; si es que su merced del señor oidor la trae, que sí debe de traer, entre

en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced.—Sea en buen hora,” dijo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas, que vestia, mostraron ser oidor, como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte que, á no haber visto á Dorotea y á Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que, otra tal hermosura como la desta doncella, difficilmente pudiera hallarse. Hallóse Don Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y, así como le vió, dijo: “Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que, aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced, en esta fermosa doncella, á quien deben, no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abajarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraiso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo; aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo.” Admirado quedó el oidor del razonamiento de Don Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras; y, sin hallar ningunas con qué respondelle, se tornó á admirar de nuevo cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y á Zoraida, que, á las nuevas de los nuevos huéspedes y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recibirla; pero Don Fernando, Cardenio y el cura, le hicieron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor oidor entró confuso, así de lo que veia, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visaje y la postura de Don Quijote, le desatinaba; y habiendo pasado entre todos cortesanes ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado, que todas las mujeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda; y así fué contento el oidor, que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traia, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que, desde el punto que vió al oidor, le dió saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, cómo se llamaba, y si sabia de qué tierra era. El criado le respondió, que se llamaba el licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir, que era de un lugar de las

montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que él habia visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre; y, alborotado y contento, llamando aparte á Don Fernando, á Cardenio y al cura, les contó lo que pasaba, certificándoles, que aquel oidor era su hermano. Habiale dicho tambien el criado, cómo iba proveido por oidor á las Indias, en la audiencia de Méjico: supo tambien, cómo aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo, qué modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero si, despues de descubierto, su hermano, por verle pobre, se afrentaria, ó le recibiria con buenas entrañas. “Déjeseme á mí el hacer esa experiencia, dijo el cura; cuanto mas, que no hay pensar, sino que vos, señor capitan, sereis muy bien recibido, porque el valor y prudencia que, en su buen parecer, descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto.—Con todo eso, dijo el capitan, yo querria, no de improviso, sino por rodeos, dármelo á conocer.—Ya os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de modo, que todos quedemos satisfechos.” Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, eceto el cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena, dijo el cura: “Del mismo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años; la cual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que habia en toda la infantería española; pero, tanto cuanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado.—Y ¿cómo se llamaba ese capitan, señor mio? preguntó el oidor.—Llamábase, respondió el cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon, el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que, á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja, de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego, porque me dijo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos, mejores que los de Caton; y sé yo decir que, el que él escogió de venir á la guerra, le habia sucedido tan bien, que en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitan de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestro de campo; pero fué la fortuna contraria, pues, donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues, por diferentes sucesos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas extraños casos que en el mundo han sucedido.” De aquí fué prosiguiendo el cura, y, con brevedad sucinta, contó lo que con Zoraida á su hermano habia sucedido. Á todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna